
El Catecismo de la Iglesia Católica en la evangelización

The Catechism of the Catholic Church in Evangelisation

RECIBIDO: 4 DE DICIEMBRE DE 2013 / ACEPTADO: 15 DE FEBRERO DE 2014

Ramiro PELLITERO

Facultad de Teología. Universidad de Navarra
Pamplona. España
rpellitero@unav.es

Resumen: A la luz de la encíclica *Lumen fidei* y de la Exhortación Apostólica *Evangelii gaudium*, cabe presentar de nuevo el Catecismo de la Iglesia Católica en su plena actualidad, como don para la Iglesia y la humanidad, así como instrumento de la unidad de la fe y de su contextualización en la diversidad de las culturas. El presente artículo subraya el papel de referencia esencial que tanto el Catecismo como su Compendio representan respecto a la «sinfonía de la fe», fe que pide ser encarnada en el dinamismo de la vida cristiana, como semilla viva de la renovación eclesial y de la transformación de la sociedad.

Palabras clave: Catecismo, Fe, Evangelización.

Abstract: In light of the encyclical *Lumen fidei* and the apostolic exhortation *Evangelii gaudium*, it is worth presenting the Catechism of the Catholic Church in its full value today, as a gift for the Church and humanity, as well as an instrument of the unity of the faith and its contextualisation in the diversity of cultures. This article highlights the role played by both Catechism and its Compendium, which are an essential reference regarding the «symphony of faith».

Keywords: Catechism, Faith, Evangelisation.

Con la publicación de la encíclica «Lumen fidei» (29-VI-2013), preparada por su predecesor, el papa Francisco quiso enriquecer el Año de la Fe con un texto que completaba las encíclicas que había publicado Benedicto XVI y que ayuda a valorar el «lugar» del Catecismo de la Iglesia Católica en la evangelización.

En efecto, en esa encíclica se expone el fundamento bíblico de la fe cristiana, sus diversas dimensiones (especialmente su relación con la verdad y el amor), y se muestra cómo la Iglesia transmite la fe por medio de la profesión de la misma fe, la celebración, el decálogo de los Mandamientos y la oración, precisamente según recoge la estructura del Catecismo de la Iglesia Católica, al que se califica de «instrumento fundamental para aquel acto unitario con el que la Iglesia comunica el contenido completo de la fe, “todo lo que ella es, todo lo que cree” (DV, 8)»¹.

El hecho de que la encíclica concluya explicitando la capacidad transformadora de la fe cristiana en la sociedad y al servicio del bien común –particularmente en relación con la familia, los jóvenes y el sufrimiento humano– manifiesta los frutos que un buen «uso» del Catecismo está produciendo o puede producir en el futuro.

Posteriormente, con la Exhortación Apostólica *Evangelii gaudium* sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual (24-XI-2013), el papa Francisco ponía el broche de oro al Año de la Fe, recogiendo los trabajos del Sínodo sobre la nueva evangelización y desarrollando especialmente algunos aspectos de la evangelización.

En referencia a estos dos documentos² y a la renovación evangelizadora que la Iglesia tiene por delante, cabe redescubrir el Catecismo de la Iglesia Católica (citado en adelante CEC) como instrumento para la unidad de la fe en la evangelización. Sobre el CEC existen ya diversas bibliografías³. Aquí solamente se pretende subrayar algunos aspectos del papel que tiene el CEC en la actual etapa de la evangelización.

El texto que sigue se ha dividido en dos partes. La primera tiene un carácter histórico-teológico y quiere subrayar que el CEC y su compendio son

¹ Cfr. FRANCISCO, Encíclica *Lumen fidei*, 29-VI-2013, n. 46.

² Sobre la relación entre los dos textos, cfr. FRANCISCO, *Mensaje con motivo de la XVIII sesión pública de las Academias Pontificias*, 28-I-2014.

³ Cfr., por ejemplo, la elaborada por VERGARA, J., «Bibliografía selecta sobre el Catecismo de la Iglesia Católica y su Compendio», en ALEJOS GRAU, C.-J. (ed.), *Al servicio de la educación en la fe. El Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica*, Madrid: Palabra, 2007, 163-182.

un don para la Iglesia y la humanidad, en cuanto que sirven a la unidad de la fe y su contextualización en la diversidad de las culturas. En la segunda parte se destaca la actualidad del CEC para la tarea de transmitir la fe en la nueva evangelización tal como se plantea en nuestros días.

1. UN DON PARA LA IGLESIA Y LA HUMANIDAD

El CEC debe contemplarse desde la estela de la tradición de la Iglesia, y concretamente de los catecismos⁴ como instrumentos al servicio de la transmisión de la fe. Sin embargo, el CEC no es un catecismo más, ni un catecismo según el término popular referido a un instrumento para la catequesis de los niños o jóvenes que podría ser entendido por ellos mismos. Su referente principal, el Catecismo de Trento o Catecismo de san Pío V, se llamó también Catecismo para párrocos porque sus primeros destinatarios eran los pastores y los educadores. Lo mismo sucede con el CEC. «El Catecismo de la Iglesia Católica –afirmó Juan Pablo II en la presentación oficial del CEC– es un instrumento cualificado y autorizado, que los pastores de la Iglesia han querido que les sirviera ante todo a sí mismos como ayuda válida en el cumplimiento de la misión, recibida de Cristo, de anunciar y testimoniar la “buena nueva” a todos los hombres»⁵.

a) *El CEC, la unidad de fe y la pluralidad de culturas*

El porqué y el cómo se hizo el CEC⁶, como también el hecho de que hayan existido resistencias a su difusión y empleo, se explica por la necesidad, sentida crecientemente, de trabajar más para mostrar, en la praxis de la Iglesia y en la teología católica, la armonía entre la unidad de la fe y la pluralidad de las culturas. El afán por impulsar la inculturación de la fe, sin perder la uni-

⁴ Cfr. LUQUE ALCAIDE, E., «Catecismo», en IZQUIERDO, C. (dir.), *Diccionario de Teología*, 3 ed. Pamplona: Eunsa, 2014, 123-129; ID., «El Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica en la estela de la tradición eclesial», en ALEJOS GRAU, C.-J. (ed.), *Al servicio de la educación en la fe. El Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica*, Madrid: Palabra, 2007, 41-71.

⁵ JUAN PABLO II, *Discurso de Presentación oficial y solemne del Catecismo de la Iglesia Católica*, 7-XII-1992, n. 3.

⁶ Cfr. SIMON, M., *Un catéchisme universel pour l'Église catholique. Du Concile de Trente à nos jours*, Leuven: Peeters («Bibliotheca Ephemeridum Theologicarum Lavaniensium» 103), 1992; FISICHELLA, R. (ed.), *Catechismo della Chiesa Cattolica. Testo integrale e commento teologico*, Casale Monferrato: Piemme, 1993; GONZÁLEZ DE CARDEDAL, O. y MARTÍNEZ CAMINO, J. A. (eds.), *El Catecismo postconciliar. Contexto y contenidos*, Madrid: San Pablo, 1993.

dad, explica también que se publicase más adelante el *Compendio del Catecismo*, como un instrumento para esa tarea, que pide ser complementado con otros subsidios o instrumentos para la inculturación concreta de la fe en la Iglesias y comunidades locales.

En la presentación ya citada del CEC Juan Pablo II agradeció a Dios «este don que hoy el Padre celeste hace a sus hijos, ofreciéndoles, con ese texto, la posibilidad de conocer mejor, a la luz de su Espíritu, “la anchura y la longitud, la altura y la profundidad, del amor de Cristo” (cfr. Ef 3,18-19)». Más concretamente agradeció primero la exposición de «los contenidos de la fe de un modo conforme a la verdad bíblica, a la tradición genuina de la Iglesia y en especial, a las enseñanzas del concilio Vaticano II»; segundo, «el esfuerzo por poner de manifiesto lo que es fundamental y esencial en el anuncio cristiano»; tercero «el empeño de volver a expresar, con un lenguaje más adecuado a las exigencias del mundo de hoy, la verdad católica perenne».

El CEC ha sido calificado de un don precioso, rico y oportuno, al proponer la doctrina cristiana de siempre con esmero y profundidad, y teniendo en cuenta las exigencias y necesidades de nuestra época; un don «verídico», en cuanto que presenta la verdad revelada por Dios en Cristo y confiada a la Iglesia «a la luz del concilio Vaticano II, tal como es creída, celebrada, vivida y orada por la Iglesia, y lo hace con el fin de favorecer la adhesión indefectible a la persona de Cristo»; y, por tanto, un don al servicio de la verdad que entregada por la Tradición de la Iglesia, presenta el tesoro vivo y esencial de la fe cristiana formulado de modo nuevo. Un don «privilegiado», en este sentido, que el magisterio de la Iglesia ofrece al mundo, y que en el momento actual sirve a la vez de vínculo con su pasado y de instrumento para su misión en el momento actual. Un don orientado también al porvenir cuando la Iglesia se adentra en el tercer milenio⁷.

Esto está de acuerdo con el principio expresado por Juan XXIII en la inauguración del Concilio Vaticano II y tomado del Concilio Vaticano I: «una cosa es el depósito o las verdades de fe, y otra la manera con que son enunciadas, permaneciendo siempre iguales su significado y su sentido profundo»⁸.

⁷ Cfr. JUAN PABLO II, *ibíd.*, nn. 4-7.

⁸ Cfr. CONCILIO VATICANO I, Constitución dogmática *Dei Filius*, cap. IV; cfr. JUAN XXIII, Alocución *Gaudet Mater Ecclesia*, en la solemne inauguración del Concilio Vaticano II, 11-X-1962, n. 6: «Est enim aliud ipsum depositum Fidei, seu veritates, quae veneranda doctrina nostra continentur, aliud modus, quo eadem enuntiantur, eodem tamen sensu eademque sententia».

Del CEC se espera que pueda «constituir un instrumento válido y fecundo para ulteriores profundizaciones en los conocimientos y para una auténtica renovación espiritual y moral»⁹.

La cuestión de la unidad es, pues, una de las claves para comprender el sentido del CEC al servicio de la unidad multiforme de la Iglesia y de la unidad de la fe¹⁰, que está al servicio de la unidad de la humanidad: «El nuevo Catecismo quiere ser un don para todos. Con respecto a este texto, nadie se debe sentir ajeno, excluido o lejano, pues se dirige a todos, al estar implicado el Señor de todos, Jesucristo, el que anuncia y es anunciado, el esperado, el Maestro y el modelo de todo anuncio. El Catecismo trata de dar una respuesta satisfactoria a las exigencias de todos aquellos que en su sed, consciente o inconsciente, de verdad y de certeza, buscan a Dios y “se esfuerzan por hallarlo a tientas, por más que no se encuentra lejos de cada uno de nosotros” (Hch 17,27)»¹¹.

El CEC ha nacido, pues, para ser «punto de referencia», «carta magna» del anuncio profético, y sobre todo catequístico, especialmente a través de la elaboración de catecismos locales, nacionales o diocesanos, cuya mediación se ha de considerar indispensable¹². Y esto plantea la conveniencia de profundizar en el tema del CEC y su relación con la pluralidad de las culturas.

b) *Elaboración y publicación del «Catecismo del Concilio Vaticano II»*

En la «prehistoria» inmediata del CEC se han destacado las famosas conferencias de Joseph Ratzinger en Lyon y París en 1983. Asimismo, el interés del Cardenal por la evolución de la catequesis posterior a la segunda guerra mundial (que él había seguido en Alemania), concretamente en la Francia de 1943, cuando surgió una nueva preocupación misionera. Y también su atención al fenómeno del *Catecismo Holandés* (que no logró integrar la renovación metodológica con una suficiente reflexión teológica, resultando desvirtuados aspectos fundamentales de la fe).

El Sínodo de Obispos de 1985 –con motivo del XXº aniversario del Concilio– pidió la redacción de «un catecismo o compendio de toda la doctrina ca-

⁹ JUAN PABLO II, *ibíd.*, n. 7.

¹⁰ Cfr. RATZINGER, J., «L'Editio Typica: Strumento di Unità “nella verità”», conferencia pronunciada el 14-X-1997, texto castellano en *Ecclesia* 2868 (22-XI-1997) 32-36.

¹¹ JUAN PABLO II, *ibíd.*, n. 9.

¹² *Ibid.*, n. 10.

tólica». Juan Pablo II hizo suyo el proyecto, señalando que «responde plenamente a una verdadera necesidad de la Iglesia universal y de las Iglesias particulares»¹³.

En opinión del cardenal Ratzinger, presidente de la comisión redactora, quizá el problema inicialmente más difícil de determinar fue quién debía escribir el libro. «La decisión fundamental se fijó rápidamente. El Catecismo no debía ser escrito por eruditos, sino por pastores, a partir de su experiencia de la Iglesia y del mundo, como libro de predicación»¹⁴.

Frente a quienes mantenían al final de los años ochenta, en ciertos ambientes europeos, que no hay un terreno común en las culturas sino sólo «bolsas culturales» de tipo local o regional –y por tanto no cabe interpenetración de las culturas–, el *Catecismo* mostraría que cabe la inculturación desde la dimensión universal de la cultura, al servicio de los catecismos que deberían plantearse después, en un segundo nivel de inculturación, local o regional¹⁵.

El alcance universal del Catecismo queda puesto de relieve por el hecho de ser fruto, a la vez, del Concilio Vaticano II y de la Colegialidad Episcopal, con la aportación de las principales instituciones universitarias católicas.

De esta manera estamos ante el Catecismo del Concilio Vaticano II, no porque se pidiera en el Concilio, sino por mediación del Sínodo que lo conmemoraba, por la fidelidad de los contenidos y por inscribirse entre los documentos de aplicación del Vaticano II y al servicio de la correcta hermenéutica del Concilio¹⁶.

En palabras de Juan Pablo II el Catecismo está concebido «no para sustituir a los Catecismos nacionales o diocesanos, sino con el fin de ser para ellos “punto de referencia”»¹⁷. Al servicio de la unidad de la fe, vio la luz en 1992, mientras se celebraba el V centenario del comienzo de la evangelización en el Nuevo Mundo.

¹³ JUAN PABLO II, *Discurso de clausura del Sínodo Extraordinario de los Obispos con ocasión del XXº aniversario de la conclusión del Concilio Vaticano II*, 7-XII-1985, n. 6.

¹⁴ RATZINGER, J., «Introducción al Catecismo de la Iglesia Católica», en RATZINGER J. y SCHÖNBORN, Ch., *Introducción al Catecismo de la Iglesia Católica*, Madrid: Ciudad Nueva, 1994, 9-39, 24.

¹⁵ Cfr. RODRÍGUEZ, P., «El Catecismo de la Iglesia Católica: interpretación histórico-teológica», en ESTEPA, J. M. y otros, *Estudios sobre el Catecismo de la Iglesia Católica*, Madrid: Unión Editorial, 1996, 1-45.

¹⁶ Cfr. JUAN PABLO II, Constitución apostólica *Fidei depositum* para la publicación del Catecismo de la Iglesia Católica, 11-X-1992, n. 1.

¹⁷ Cfr. JUAN PABLO II, *Discurso a la Comisión pontificia para el Catecismo*, 15-XI-1986.

En 1997 se publicó, con bastantes modificaciones, la edición oficial, típica (el mismo año salió una nueva edición reelaborada del *Directorio para la catequesis*). Con tal motivo el cardenal Ratzinger explicó la importancia de que los cristianos pudieran encontrarse en un común «lenguaje fundamental de la fe». Y destacaba la «estructura interior» del Catecismo, como «vínculo interno vital y orgánico en el que todo está recíprocamente relacionado»¹⁸. Sin que sea necesario entrar ahora en pormenores, cabe recordar que el hilo del CEC es la economía divina de la salvación, puesta en marcha por designio y acción de la Trinidad, y expuesta en el texto de acuerdo con la «jerarquía de verdades» y el «nexo de los misterios» de la fe, en torno al centro constituido por Cristo. Su fuerza interior es la tradición viva de la Iglesia¹⁹.

El CEC sigue en la estela de los Padres de la Iglesia al reflejar la «estructura pedagógica profunda» de la fe²⁰. Ellos unían la vida y la doctrina, la verdad y la caridad. Diríamos hoy: la cabeza y el corazón, la fe que da sentido a nuestra vida y las obras de servicio en que esa fe se manifiesta. Benedicto XVI ha señalado que «el conocimiento de los contenidos que se han de creer no es suficiente si después el corazón [...] no está abierto por la gracia que permite tener ojos para mirar en profundidad y comprender que lo que se ha anunciado es la Palabra de Dios»²¹.

c) *La necesidad de un «Compendio breve» del Catecismo*

Con todo, la experiencia recogida mostraba la dificultad de lograr obras de síntesis del Catecismo que presentaran fiel e íntegramente el contenido de la fe católica. En otro congreso que se celebró en Roma con motivo del décimo aniversario (8 al 11-XII-2002) se pidió un compendio autorizado, que facilitase esa tarea. Incluso se volvió a solicitar que se prescribiese universalmente un «catecismo breve» o «pequeño catecismo», basado en el CEC. Se

¹⁸ RATZINGER, J., «L'Editio Typica: Strumento di Unità "nella verità"», conferencia pronunciada el 14-X-1997, texto castellano en *Ecclesia* 2868 (22-XI-1997) 32-36.

¹⁹ Cfr. SCHÖNBORN, Ch., «El Catecismo de la Iglesia Católica: ideas directrices y temas fundamentales», en RATZINGER J. y SCHÖNBORN, Ch., *Introducción al Catecismo de la Iglesia Católica*, 41-66; RODRÍGUEZ, P., «El Catecismo de la Iglesia Católica: interpretación histórico-teológica», en ESTEPA, J. M. y otros, *Estudios sobre el Catecismo de la Iglesia Católica*, Madrid: Unión Editorial, 1996, 1-45.

²⁰ Cfr. SÍNODO DE LOS OBISPOS, *Instrumentum Laboris: «La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana»*, 19-VI-2012, n. 110.

²¹ BENEDICTO XVI, Carta apostólica *Porta fidei*, 11-X-2011, n. 52.

renovaba así la petición manifestada en el Concilio Vaticano I. No fue ésta, sin embargo, la fórmula por la que se optó.

Juan Pablo II encargó en 2003 al Cardenal Ratzinger constituir una comisión especial para preparar «un *compendio breve*, que contenga todos los elementos fundamentales de la fe y de la moral católica, formulados de manera sencilla y clara»²². El *Compendio*, señalaba el Papa, «tendrá como fuente, modelo y punto de referencia constante el actual *Catecismo de la Iglesia Católica*, que, manteniendo intacta su autoridad e importancia, podrá encontrar, en esa síntesis, un estímulo para una mayor profundización y, más en general, un ulterior instrumento de educación en la fe»²³.

En la redacción del nuevo texto no hubo problemas fundamentales, porque, según Mons. Estepa, «ya se había decidido en qué nivel había que situar el Compendio, que es el nivel de la síntesis. No el nivel de la creatividad». Y añadía: «Si se hubiera situado en el nivel de creatividad, habría tenido una elaboración más lenta. Con otras palabras, si en lugar de una síntesis o compendio, se hubiera decidido hacer un catecismo “minor”, en el sentido técnico del término, habría necesitado un nivel de creatividad mucho mayor»²⁴.

Dos años más tarde Benedicto XVI confirmaba que la realización del Compendio ha querido obedecer fielmente a las indicaciones y deseos de Juan Pablo II²⁵. Conservando la estructura cuatripartita del CEC, y en la forma de un diálogo ideal entre el maestro y el discípulo, el Compendio quiere favorecer la asimilación y eventual memorización de los contenidos. Las imágenes insertadas en el texto «proclaman el mismo mensaje que la Sagrada Escritura transmite mediante la palabra, y ayudan a despertar y alimentar la fe de los creyentes»²⁶. Incluye en apéndice algunas oraciones frecuentes para la Iglesia universal y algunas fórmulas catequísticas de la fe católica, con lo cual «invita a encontrar en la Iglesia un modo común de rezar, no sólo personalmente, sino también en comunidad»²⁷.

²² *Carta del Papa Juan Pablo II al Cardenal Joseph Ratzinger, para la preparación de un compendio del Catecismo de la Iglesia Católica*, 2-II-2003.

²³ *Ibid.*; cfr. ESTEPA, J. M., «Historia del Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica», *Actualidad Catequética* 207 (julio-septiembre 2005) 47-52.

²⁴ Cfr. PELLITERO, R. y BORDA, E., «Conversación en Madrid con Mons. José Manuel Estepa. (Sobre el *Catecismo de la Iglesia Católica* y su *Compendio*)», *AHIg* 15 (2006) 383.

²⁵ Cfr. BENEDICTO XVI, *Motu proprio* para la aprobación y publicación del *Compendio del Catecismo*, 28-VI-2005.

²⁶ *Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 240.

²⁷ BENEDICTO XVI, *Motu proprio* para la aprobación y publicación del *Compendio del Catecismo*, 28-VI-2005.

d) *Respuestas de la fe y contextualización de la formación cristiana*

Volviendo atrás en el tiempo, cuando se comenzaba a preparar el *Compendio del Catecismo*, el cardenal Ratzinger concedió una entrevista a Gianni Cardinale, que se publicó en «Avvenire» (27-IV-2003). Preguntado por el rechazo de la idea misma de un catecismo, señalaba el cardenal que, sobre todo, se debía a pensar que «un catecismo, por ser demasiado doctrinal, sería un impedimento para el necesario diálogo con el hombre de hoy». Sin embargo, replicaba, para dialogar se necesita saber «de qué debemos hablar» (conocer la sustancia de nuestra fe); y «por eso hoy más que nunca es necesario un catecismo».

Lo que se proyectaba ahora no era, pues, un catecismo o un compendio más de la fe, sino «el Compendio del Catecismo de 1992». Como el *Catecismo* con el que forma una unidad, sería normativo en cuanto a los contenidos doctrinales. Ofrecería, por otra parte, sugerencias respecto al método, dejando gran libertad en ese campo, «porque los contextos sociales y culturales en el orbe católico son muy diversos entre ellos». Y es que, «salvando los contenidos esenciales de la fe, una cierta flexibilidad metodológica es siempre necesaria en la catequesis».

Más adelante, un mes después de la promulgación del *Compendio*, Benedicto XVI tuvo un encuentro con los sacerdotes del valle de Aosta (25-VII-2005). Ante la embestida del Iluminismo y del «segundo iluminismo» de 1968, el Papa señalaba que una de las intenciones fundamentales del CEC y de su Compendio se sitúa en la línea de una «afirmación intelectual en la que se comprende también la belleza y la estructura orgánica de la fe», tratando de dar respuestas claras que ayuden a vivirla. Junto con eso, en el clima de racionalismo, subjetivismo y relativismo característico de la cultura occidental actual, la catequesis necesita ser continuamente contextualizada.

Aludía así Benedicto XVI al conflicto, surgido concretamente en el ámbito alemán, «entre el catecismo en sentido clásico y los nuevos instrumentos de catequesis» (los llamados «libros de adaptación»). Lo cierto es que el primero resultaba un tanto cerrado en sí mismo, mientras que los segundos preparaban el terreno, pero con frecuencia no llegaban a la respuesta.

Se trataba de nuevo, como se ve, del papel de los catecismos en la «inculturación» de la fe. A continuación, el Papa abordaba en estos términos la relación del CEC y su *Compendio* con la inculturación de la catequesis:

«Por fin, hemos llevado a cabo este compromiso pluridimensional: hemos elaborado el *Catecismo de la Iglesia católica*, que, por una parte, da

las necesarias contextualizaciones culturales, pero también da respuestas precisas. Lo hemos escrito conscientes de que desde ese *Catecismo* hasta la catequesis concreta hay un trecho no fácil de recorrer. Pero también hemos comprendido que las situaciones, tanto lingüísticas como culturales y sociales, son tan diversas en los diferentes países e incluso, dentro de los mismos países, en los diferentes estratos sociales, que allí corresponde al obispo o a la Conferencia episcopal, y al catequista mismo, recorrer ese último trecho y, por eso, nuestra posición fue: éste es el punto de referencia para todos; aquí se ve lo que cree la Iglesia. Luego, las Conferencias episcopales deben crear los instrumentos para aplicarlo a la situación cultural y deben recorrer el trecho que aún falta. Y, por último, el catequista mismo debe dar los últimos pasos; tal vez también para estos últimos pasos se ofrecen instrumentos adecuados»²⁸.

Nos parece que aquí se contiene la respuesta al por qué no se ha querido elaborar un «catecismo pequeño» para la Iglesia universal, y a la vez se ha elaborado el *Compendio* del Catecismo de la Iglesia Católica, como «síntesis del *Catecismo* grande».

Concluía Benedicto XVI diciendo que el *Compendio* «puede corresponder hoy al *Catecismo* de San Pío X» (era la síntesis de un catecismo mayor). Y apelaba, una vez más, a la responsabilidad de los obispos en el empleo del *Catecismo* y su *Compendio*, «porque el modo de hablar, de pensar y de entender es muy diferente en Italia, en Francia, en Alemania, en África...; incluso dentro de un mismo país es recibido de modo muy diverso». En ese sentido, «el *Catecismo de la Iglesia católica* y el *Compendio*, con lo esencial del Catecismo, siguen siendo instrumentos para la Iglesia universal»²⁹.

Entonces cabría preguntarse: ¿es el *Compendio* del *Catecismo de la Iglesia Católica* la respuesta a la petición surgida en el debate del Concilio Vaticano I sobre el *catecismo pequeño*?³⁰ Y habría que contestar: no, no lo es, puesto que, entre otras cosas, no se trata de un catecismo pequeño o popular, un «catecismo *minor*» para niños, y ni siquiera de un catecismo «medio» para adolescentes, sino de un libro que requiere suficiente cultura católica. Pero dicho lo anterior, cabría añadir que, desde el punto de vista histórico, el *Compendio* se

²⁸ BENEDICTO XVI, *Discurso a los sacerdotes de la diócesis de Aosta*, 25-VII-2005.

²⁹ *Ibid.*

³⁰ Cfr. PELLITERO, R., «El *Compendio* del Catecismo de la Iglesia Católica y las cuestiones planteadas desde el debate “De Parvo Catechismo”», *AHIg* 15 (2006) 89-110.

inscribe en la «línea de respuesta» a las cuestiones de fondo planteadas ya durante el Concilio Vaticano I y que han continuado hasta nuestros días. En esa línea de respuesta estaba ya su referente natural, el CEC desde su publicación en 1992, de acuerdo con las necesidades de los cristianos en el mundo de hoy.

El cardenal Estepa considera que, en efecto, el *Catecismo* y el *Directorio* pedían, para la inculcación de la fe, catecismos locales, más breves y obviamente inculcados. Pero «la decisión de elaborar un *Compendio* se encuadra más bien en la función subsidiaria de la Santa Sede». No se trata por tanto de un catecismo «menor», sino de un compendio *del Catecismo*, que no se puede desvincular de él³¹. El *Compendio* es muy útil para comenzar el estudio de la fe y de la vida cristiana, teniendo a la vista el *Catecismo*; también para seguir profundizando en ese camino, pasando del uno al otro; y, finalmente para volver siempre a «retener las grandes líneas, las precisiones, y saborear la sustancia»³².

A su juicio, el problema más acuciante, grave y dramático, es «la falta de dedicación suficiente a la tarea catequética en bastantes sitios». Y, por eso, insiste, «con el *Compendio* se realiza, en cierto sentido, un acto de compasión de la Iglesia Universal, compasión con la mediocridad, con la pasividad en el trabajo catequético»³³.

La continuidad y eficacia de la «respuesta» que sigue pidiendo la fe en nuestro tiempo, sobre la base del *Catecismo* y su *Compendio*, requiere una inculcación más «concreta» de la fe. Esto debe promoverse, en primer lugar, por medio de una adecuada reflexión teológico-catequética, capaz de aprovechar el desarrollo de la gran teología que llevó al Concilio Vaticano II y que después lo prolonga. En segundo lugar, con la elaboración de textos o catecismos locales que, manteniendo igualmente lo sustancial de la fe, ofrezcan acercamientos metodológicos bien distintos entre sí, con vistas a hacer más significativa la fe. Y en tercer lugar, con una mayor atención a la catequesis, o en sentido amplio a la educación en la fe (incluida la enseñanza religiosa escolar), como tarea importante de la comunidad cristiana. Por cierto, la experiencia de estos años es que la formación cristiana se beneficia notablemente del uso del *Compendio*, destinado a facilitar un lenguaje común para la fe, y a la vez una

³¹ Vid. PELLITERO, R. y BORDA, E., «Conversación en Madrid con Mons. José Manuel Estepa. (Sobre el *Catecismo de la Iglesia Católica* y su *Compendio*)», AHIg 15 (2006) 384.

³² *Ibid.*

³³ *Ibid.*, 384-385.

«aproximación», en forma dialógica, a la catequesis concreta, con la ayuda del simbolismo propio del arte cristiano.

La responsabilidad inmediata de la catequesis es, sin embargo, de los catequistas; primero de los padres y madres de familia, transmisores naturales de la fe a sus hijos desde el diálogo inicial con ellos; y después, de otros educadores en la fe. Todo ello sin perder de vista la necesidad del testimonio de la vida de los cristianos, en cada tiempo y lugar.

2. EL CEC PARA LA NUEVA EVANGELIZACIÓN

Veinte años después de su publicación, el CEC sigue manteniendo plena actualidad. La «nueva cultura» que intenta globalizarse con el avance de las nuevas tecnologías tiene luces y sombras, que las ciencias humanas y sociales están poniendo de relieve, y que se manifiestan en una crisis antropológica y ética que presenta diversas vertientes en la cultura y en la educación (la «urgencia educativa» señalada por Benedicto XVI), en la economía y en la política. El escaso pero necesario debate cultural, primero entre los católicos y los cristianos, pide un «lenguaje común» de la fe, que lleve simultáneamente a mantener la unidad en la transmisión de la fe misma, a la vez que respete las legítimas diversidades en el modo de percibir, vivir y comunicar la fe cristiana.

Así se dice en la Carta *Porta fidei* en 2011: «Los contenidos esenciales que desde siglos constituyen el patrimonio de todos los creyentes tienen necesidad de ser *confirmados, comprendidos y profundizados de manera siempre nueva*, con el fin de dar un testimonio coherente en condiciones históricas distintas a las del pasado»³⁴.

En esa misma línea el Sínodo de 2012 profundizó sobre «la nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana»; una tarea que se fundamenta en el mandato recibido de Cristo por todos los cristianos (cfr. Mt 28,19-20), y que incluye la *confesión* de la fe con plenitud y renovada convicción, con confianza y esperanza; la *celebración* de la fe en la liturgia, y de modo particular en la Eucaristía; el *testimonio* de vida de los creyentes y la oración como manifestación de su diálogo filial con Dios. «Redescubrir los contenidos de la fe profesada, celebrada, vivida y rezada, y reflexionar sobre el mismo acto con el que se cree, es un compromiso que todo creyente debe de hacer propio»³⁵. Ello es

³⁴ BENEDICTO XVI, Carta Apostólica *Porta fidei*, n. 4 (subrayado nuestro).

³⁵ *Ibid.*, n. 9.

condición para la nueva evangelización, encaminada a «afrontar el fenómeno de alejamiento de la fe que se ha ido manifestando progresivamente en sociedades y culturas que desde hace siglos estaban impregnadas del Evangelio»³⁶.

Pues bien, al servicio de la confirmación, comprensión y profundización renovada de la fe se sitúa el CEC. En consecuencia, por muchos motivos puede y debe ser considerado como un *instrumento privilegiado para la nueva evangelización*.

a) *Al servicio de la transmisión de la fe en nuestros días*

Si la confesión de fe de Israel se traduce en la narración de los beneficios de Dios, que se transmite de generación en generación, la Iglesia se siente en todo tiempo y lugar convocada para transmitir la fe, con la doctrina, con el culto y con la vida de los cristianos: «La Iglesia, en su doctrina, en su vida y en su culto perpetúa y transmite a todas las generaciones todo lo que ella es, todo lo que cree»³⁷.

Transmitiendo lo que ha recibido (cfr. 1 Cor 15,3), la Iglesia se comporta como madre de nuestra fe. De una fe que se transmite y propaga como palabra y como luz. Como palabra, la fe viene de Dios mismo y se contiene de modo privilegiado en las Sagradas Escrituras leídas a la luz de la Tradición de la Iglesia; pues la vida de la Iglesia es toda ella entrega de la Palabra encarnada de Dios en Cristo, Cabeza y Cuerpo. La fe se transmite también como luz: «la luz de Cristo brilla como en un espejo en el rostro de los cristianos, y así se difunde y llega hasta nosotros, de modo que también nosotros podamos participar en esta visión y reflejar a otros su luz, igual que en la liturgia pascual la luz del cirio enciende otras muchas velas. La fe se transmite, por así decirlo, por contacto, de persona a persona, como una llama enciende otra llama. Los cristianos, en su pobreza, plantan una semilla tan fecunda, que se convierte en un gran árbol que es capaz de llenar el mundo de frutos»³⁸.

La fe nace del encuentro con Cristo y se transmite por una cadena de testigos que son los cristianos durante la historia. De esta manera, el pasado de

³⁶ BENEDICTO XVI, Motu proprio *Ubicumque et semper*, con el que se constituye el Consejo Pontificio para la Promoción de la Nueva Evangelización, 21-IX-2010.

³⁷ CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática *Dei Verbum*, n. 8.

³⁸ FRANCISCO, Encíclica *Lumen fidei* (29-VI-2013), n. 37.

la fe, aquel acto de amor de Jesús, que ha hecho germinar en el mundo una vida nueva, nos llega en la memoria de otros, de testigos, conservado vivo en aquel sujeto único de memoria que es la Iglesia³⁹.

Como instrumento de todo esto, el CEC es, él mismo, testigo de la fe como don que Dios ha hecho a la Iglesia y a través de ella al mundo. A través del CEC «la Iglesia es una Madre que nos enseña a hablar el lenguaje de la fe»⁴⁰. En él se une la fe y la memoria, por obra del Espíritu Santo que vive en la Iglesia y en los cristianos; y que, asistiendo al Magisterio de la Iglesia al tiempo que vivifica las almas con su gracia, nos va «recordando todo» (Jn 14,26) para hacernos vivir del Amor de Dios y del prójimo⁴¹.

Es imposible creer cada uno por su cuenta. Así lo han puesto de relieve, entre muchos, teólogos de la talla de R. Guardini, H. De Lubac y J. Ratzinger. El CEC nos ayuda a tener siempre presente en nuestro tiempo que la fe cristiana «por su misma naturaleza, se abre al “nosotros”, se da siempre dentro de la comunión de la Iglesia»⁴². Nos lleva a percibir y comprobar que «quien cree nunca está solo, porque la fe tiende a difundirse, a compartir su alegría con otros. Quien recibe la fe descubre que las dimensiones de su “yo” se ensanchan, y entabla nuevas relaciones que enriquecen la vida»⁴³.

La primera encíclica firmada por el papa Francisco señala que la estructura cuatripartita del CEC presenta la confesión de fe, la celebración de los sacramentos, el camino moral del decálogo y la oración como «tesoro de memoria que la Iglesia transmite»⁴⁴. De esta manera el CEC es, efectivamente, como ya hemos recogido en la cita de *Lumen fidei*, «instrumento fundamental para aquel acto unitario con el que la Iglesia comunica el contenido completo de la fe, “todo lo que ella es, todo lo que cree”»⁴⁵.

b) *La sinfonía de la fe. Unidad e integridad*

Se ha dicho que el CEC está al servicio de la sinfonía de la fe, por el modo en que fue elaborado: «Este Catecismo es fruto de una colaboración de

³⁹ *Ibid.*, n. 38.

⁴⁰ *Ibid.*

⁴¹ Cfr. *ibid.*

⁴² *Ibid.*, n. 39.

⁴³ *Ibid.*

⁴⁴ *Ibid.*, n. 46.

⁴⁵ *Ibid.*; cfr. CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática *Dei Verbum*, n. 8.

todo el episcopado de la Iglesia católica [...] El concurso de tantas voces expresa verdaderamente lo que se puede llamar la *sinfonía* de la fe»⁴⁶.

Esta sinfonía, hecha para ser expresada y transmitida, es un eco de la cualidad sinfónica de la Palabra de Dios, que se expresa de diversos modos, como canto a varias voces. Comienza en la creación, se deja oír en la historia de la salvación y queda testimoniada en la Sagrada Escritura. El tema principal de esta sinfonía, su centro mismo que se extiende vivificándolo todo, es Cristo, rostro de la Palabra de Dios. Luego, la Palabra de Dios se hace carne, viviendo actuando y resonando en la Iglesia, por los caminos del mundo que recorren los cristianos en su vida familiar, en sus trabajos, en su participación en la vida social, cultural y política.

La vida coherente de los cristianos, en su profunda unidad y en su rica diversidad dentro de este «cuerpo familiar» presidido por Cristo, prolonga la sinfonía de la Palabra y por tanto de la fe. Pues bien, el CEC puede verse como la partitura de esa sinfonía de la fe, que lo es por ser sinfonía de la Palabra de Dios.

La imagen de la sinfonía sirve también, por tanto, para expresar la aportación de cada bautizado –en unidad y complementariedad con los otros– a la edificación del Misterio de Cristo que es la Iglesia, durante la historia y para la salvación del mundo. ¿Qué sería de una sinfonía musical si cada instrumento se declarase autónomo y absoluto?

Esta aportación puede verse en la recepción, por parte de cada fiel cristiano, de las distintas partes del CEC para encarnarla en su vida. Así por ejemplo en referencia a la oración, según expresaba Benedicto XVI en 2012:

«En la relación con Dios, en la escucha de su Palabra, en el diálogo con Dios, incluso cuando estamos en el silencio de una Iglesia o en nuestra habitación, estamos unidos en el Señor con muchos hermanos y hermanas en la fe, como un conjunto de instrumentos que, a pesar de su individualidad, elevan una única y gran sinfonía de intercesiones a Dios, de acción de gracias y de alabanzas»⁴⁷.

Y un mes después:

«Quien habla con Dios no está solo. Estamos inmersos en la gran oración de la Iglesia, somos parte de una gran sinfonía que la comunidad

⁴⁶ JUAN PABLO II, Constitución apostólica *Fidei depositum*, 11-X-1992, n. 2.

⁴⁷ BENEDICTO XVI, *Audiencia general*, 25-IV-2012.

cristiana esparcida por todos los rincones de la tierra y en todos los tiempos eleva a Dios; ciertamente los músicos y los instrumentos son distintos –y éste es un elemento de riqueza–, pero la melodía de alabanza es única y en armonía»⁴⁸.

Como sinfonía puede describirse asimismo la relación entre *unidad e integridad de los contenidos* de la fe, tal como los presenta en su estructura cuatripartita el CEC en orden al «conocimiento amoroso» del Dios único y de su enviado Jesucristo, en la línea de lo que ya señalaba el Catecismo Romano (cfr. Prefacio, n. 10), como finalidad última de la fe que pide ser transmitida hasta el final de los tiempos. «También hoy –declara el Compendio del CEC–, el deseo de evangelizar y catequizar, es decir, de revelar en la persona de Cristo todo el designio de Dios, y de poner a la humanidad en comunión con Jesús, nace de este conocimiento amoroso de Cristo» (n. 80)⁴⁹.

En el comienzo del Año de la Fe, Benedicto XVI entregaba simbólicamente el CEC junto con los mensajes del Concilio Vaticano II a todos los fieles. Con ello expresaba que el anhelo de comunicar la fe, en la nueva evangelización, pide conocer cada vez mejor el conjunto de los «contenidos» de la fe (Credo, sacramentos, vida moral, oración); de modo que, en un mundo que se transforma, la fe pueda hacerse vida en los cristianos y ser, así, luz para otros⁵⁰.

En algunas ocasiones desde que era Cardenal, Joseph Ratzinger ha manifestado las dificultades que supuso la elaboración del CEC, sin excluir la idea que existía a finales de los años ochenta en Europa de que un Catecismo universal era poco menos que imposible. Si bien es cierto que, al hacer este juicio, muchos pensaban en un Catecismo para niños (minor), de todas formas la elaboración del CEC ha sido considerada como un «milagro».

«Hoy –dice la encíclica *Lumen fidei*– puede parecer posible una unión entre los hombres en una tarea común, en el compartir los mismos sentimientos o la misma suerte, en una meta común. Pero resulta muy difícil concebir una unidad en la misma verdad. Nos da la impresión de que una unión

⁴⁸ BENEDICTO XVI, *Audiencia general*, 23-V-2012.

⁴⁹ Para una visión de conjunto de los contenidos del Catecismo con especial incidencia educativa en la actualidad, cfr. PELLITERO, R., *La sinfonía de la fe. Redescubrir el Catecismo de la Iglesia Católica*, San José de Costa Rica: Promesa, 2013.

⁵⁰ Un estudio detenido del Catecismo en ARANDA, A. (ed.), «Creemos y conocemos». *Lectura teológica del Catecismo de la Iglesia Católica*, Pamplona: Eunsa, 2012.

de este tipo se opone a la libertad de pensamiento y a la autonomía del sujeto»⁵¹.

Sin embargo, continúa argumentando, «el amor verdadero, a medida del amor divino, exige la verdad y, en la mirada común de la verdad, que es Jesucristo, adquiere firmeza y profundidad». Y observa: «En esto consiste también el gozo de creer, en la unidad de visión en un solo cuerpo y en un solo espíritu. En este sentido san León Magno decía: “Si la fe no es una, no es fe”»⁵². La fe es una sobre todo porque uno es Dios conocido y confesado y porque se dirige al único Señor Jesucristo. Como sostenía San Ireneo contra los gnósticos, la fe pasa siempre por la encarnación del Hijo de Dios; y por eso no hay diferencia entre la fe de los más formados intelectualmente y la fe de los sencillos⁵³.

Por ser una, *la fe debe ser confesada en toda su integridad*: «Precisamente porque todos los artículos de la fe forman una unidad, negar uno de ellos, aunque sea de los que parecen menos importantes, produce un daño a la totalidad. Cada época puede encontrar algunos puntos de la fe más fáciles o difíciles de aceptar: por eso es importante vigilar para que se transmita todo el depósito de la fe (cfr. 1 Tim 6,20), para que se insista oportunamente en todos los aspectos de la confesión de fe. En efecto, puesto que la unidad de la fe es la unidad de la Iglesia, quitar algo a la fe es quitar algo a la verdad de la comunión»⁵⁴.

La unidad de la fe es la de un organismo vivo⁵⁵. Como la Iglesia transmite una fe viva, han de ser personas vivas las que garanticen la conexión con el origen. Podría decirse que esas personas son, en un sentido amplio, todos los cristianos, en la medida de su comunión con la Iglesia. Para garantizar esa conexión con el origen de la fe, el Señor ha dado a la Iglesia el don de la sucesión apostólica, tal como se expresa sobre todo en el Magisterio⁵⁶.

El CEC sirve, en definitiva, a la encarnación de la Palabra de Dios, como criterio esencial a la evangelización (cfr. 1 Jn 4,2) que explica así el papa Francisco en la *Evangelii gaudium*: «El criterio de realidad, de una Palabra ya encarnada y siempre buscando encarnarse, es esencial a la evangelización. Nos

⁵¹ FRANCISCO, Encíclica *Lumen fidei*, n. 47.

⁵² *Ibid.* (cfr. SAN LEÓN MAGNO, *In nativitate Domini sermo* 4,6: SC 22, 110).

⁵³ Cfr. FRANCISCO, Encíclica *Lumen fidei*, n. 47.

⁵⁴ *Ibid.*, n. 48.

⁵⁵ Cfr. NEWMAN, J. H., *An Essay on the Development of Christian Doctrine*, London: Longmans, 1868-1881, 185-189.

⁵⁶ Cfr. FRANCISCO, Encíclica *Lumen fidei*, n. 49.

lleva, por un lado, a valorar la historia de la Iglesia como historia de salvación, a recordar a nuestros santos que inculturaron el Evangelio en la vida de nuestros pueblos, a recoger la rica tradición bimilenaria de la Iglesia, sin pretender elaborar un pensamiento desconectado de ese tesoro, como si quisiéramos inventar el Evangelio. Por otro lado, este criterio nos impulsa a poner en práctica la Palabra, a realizar obras de justicia y caridad en las que esa Palabra sea fecunda. No poner en práctica, no llevar a la realidad la Palabra, es edificar sobre arena, permanecer en la pura idea y degenerar en intimismos y gnosticismos que no dan fruto, que esterilizan su dinamismo»⁵⁷.

En otros términos, como instrumento para educar en la fe, el CEC es una luz no sólo para no caer en errores doctrinales, sino también para «ser fieles a este camino luminoso de vida y de sabiduría»⁵⁸, que ilumina a otros con el testimonio de la propia vida de fe y que comporta la atención especial a los más pobres y necesitados.

CONCLUSIÓN

El CEC y su *Compendio* están ofreciendo una preciosa contribución al dinamismo de la vida cristiana, que, arrancando de la fe, encuentra en la Eucaristía su centro y en la caridad su síntesis y fruto. Esa vida se configura como ofrenda y servicio a Dios y a todas las personas. Auténticamente vivida, la vida cristiana es ya la primera palabra en la transmisión de la fe, el primer componente del testimonio que debe completarse con la explicación sobre las razones de nuestra esperanza (cfr. 1 Pe 3,15).

La nueva evangelización para la transmisión de la fe encuentra en el CEC, con su estructura cuatripartita, una referencia segura. Como tarea común dentro de la misión de la Iglesia, de la que participan todos los cristianos, la nueva evangelización implica ante todo la conversión personal de cada uno y el redescubrimiento de la fe en todas sus dimensiones.

Tanto para vivir la fe como para transmitirla, el CEC se revela como un instrumento perfectamente actual y con amplios horizontes de futuro. «Donde está Dios, allí hay futuro», dijo Benedicto XVI en el santuario de Etzelsbach, en Alemania⁵⁹.

⁵⁷ FRANCISCO, Exhortación Apostólica *Evangelii gaudium* (24-XI-2013), n. 233.

⁵⁸ *Ibid.*, n. 194.

⁵⁹ BENEDICTO XVI, *Homilía durante la celebración de las Vísperas marianas en el Santuario de Etzelsbach*, 23-IX-2011.

Esto pide que los cristianos, comenzando por los educadores, tomen conciencia de su misión en este momento histórico: implicándose cada uno desde su propio lugar, condición y dones, en la nueva evangelización. Y para eso, es muy importante estudiar el CEC a fondo, asimilarlo con la oración y la reflexión iluminada por la fe, hacerlo vida; y desde esa fe vivida, que es el depósito vivo del Evangelio en el nosotros de la Iglesia, ser capaces de extraer, con don de lenguas, lo nuevo y lo viejo, la luz del amor eternamente joven que vive en el cristianismo para transformar la sociedad.

Las «mediaciones» (personales y materiales) son necesarias. Los métodos pueden ser variadísimos. Pero aquí, en el CEC y en su *Compendio*, está la raíz y la savia para la Vida. Si la recibimos y la transmitimos en nuestro entorno, dará fruto.

El *educador en la fe*, ha dicho el papa Francisco, es aquel que custodia, alimenta y despierta la memoria de Dios en sí mismo y en los demás. «El mismo Catecismo, ¿qué es sino memoria de Dios, memoria de su actuar en la historia, de su haberse hecho cercano a nosotros en Cristo, presente en su Palabra, en los sacramentos, en su Iglesia, en su amor?»⁶⁰.

«Toda formación cristiana –se lee en la Exhortación *Evangelii gaudium*– es ante todo la profundización del kerygma»⁶¹, es decir, del primer anuncio de la fe. Esto pide, hoy más que nunca, que la formación doctrinal se imparta en el contexto de un camino de respuesta al amor de Dios que se traduzca en el amor al prójimo; unas determinadas actitudes del educador (cercanía, apertura al diálogo, paciencia y acogida cordial); una pedagogía cristiana que incluya la iniciación mistagógica y el camino de la belleza (*via pulchritudinis*); la unión entre verdad, bien y belleza; un acompañamiento personal lleno de respeto y de confianza, que sepa sembrar la inquietud evangelizadora⁶². Y teniendo en cuenta la creciente deformación ética, el debilitamiento del sentido del pecado personal y social y el progresivo aumento del relativismo, «se vuelve necesaria una educación que enseñe a pensar críticamente y que ofrezca un camino en valores»⁶³.

Para todo ello el CEC es referencia esencial como partitura de esa sinfonía que es, debe ser, la vida de cada cristiano; porque la fe debe ser educada en

⁶⁰ FRANCISCO, *Homilía en la «Jornada de los catequistas» dentro del Año de la Fe*, 29-IX-2013.

⁶¹ FRANCISCO, Exhortación Apostólica *Evangelii gaudium*, n. 165.

⁶² Cfr. *ibid.*, nn. 160-173.

⁶³ *Ibid.*, n. 64.

armonía, enseñando a manifestar todos sus registros, dimensiones y consecuencias. Desde una antropología cristiana que desemboca en la vivencia de la Iglesia como familia de Dios, la educación en la fe reconoce simultáneamente sus raíces en la revelación bíblica y debe por tanto ser educación bíblica, como debe ser, al mismo tiempo, litúrgica y sacramental, y educación para la sensibilidad social, eclesial y evangelizadora⁶⁴.

Como reconocimiento de lo que Dios nos ha dado (las «cosas santas», es decir, la fe y los sacramentos, según santo Tomás de Aquino), los cristianos presentamos nuestra misma vida (la vida moral como respuesta al Amor) también como vida de oración; y así podemos llegar a ser santos en la «comunidad de los santos» que es incoativamente la Iglesia durante la historia, hasta serlo definitivamente en el Reino consumado.

De esta manera la dinámica misma del CEC sirve a la educación de una vida que es simultáneamente ofrenda a Dios (culto espiritual) y servicio a los hombres; pues el amor verdadero, propio de la fe, unifica todos los elementos de la persona y se convierte en una luz nueva hacia una vida grande y plena⁶⁵. Y así la fe puede vivificar las relaciones humanas y la vida común desde dentro del mundo mismo y de los afanes concretos de los hombres de nuestro tiempo⁶⁶.

En definitiva, el Concilio Vaticano II y el *Catecismo* que sirve para su aplicación se sitúan al servicio de la evangelización, del despliegue de la fe conatural a la vida cristiana, en el avanzar del nuevo milenio. La Iglesia, que nunca ha impuesto un catecismo único y definitivo para la formación cristiana, nos ofrece ahora el CEC y su *Compendio*, como ayuda preciosa para la tarea formativa y como punto de referencia para la elaboración de otros catecismos y subsidios en la educación de la fe. Y así, en la estela de la tradición viva que es la Iglesia, este *Catecismo* es un don para la renovación personal y la renovación de la Iglesia misma al servicio de nuestro mundo.

⁶⁴ Cfr. PELLITERO, R., *La sinfonía de la fe. Redescubrir el Catecismo de la Iglesia Católica*, San José de Costa Rica: Promesa, 2013.

⁶⁵ Cfr. FRANCISCO, *Lumen fidei*, n. 27.

⁶⁶ *Ibid.*, n. 51.

Bibliografía

- ARANDA, A. (ed.), «*Creemos y conocemos*». *Lectura teológica del Catecismo de la Iglesia Católica*, Pamplona: Eunsa, 2012.
- ESTEPA, J. M., «Historia del Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica», *Actualidad Catequética* 207 (julio-septiembre 2005) 47-52.
- FISICHELLA, R. (ed.), *Catechismo della Chiesa Cattolica. Testo integrale e commento teologico*, Casale Monferrato: Piemme, 1993.
- GONZÁLEZ DE CARDEDAL, O. y MARTÍNEZ CAMINO, J. A. (eds.), *El Catecismo postconciliar. Contexto y contenidos*, Madrid: San Pablo, 1993.
- LUQUE ALCAIDE, E., «Catecismo», en IZQUIERDO, C. (dir.), *Diccionario de Teología*, 3 ed. Pamplona: Eunsa, 2014, 123-129.
- LUQUE ALCAIDE, E., «El Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica en la estela de la tradición eclesial», en ALEJOS GRAU, C.-J. (ed.), *Al servicio de la educación en la fe. El Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica*, Madrid: Palabra, 2007, 41-71.
- NEWMAN, J. H., *An Essay on the Development of Christian Doctrine*, London: Longmans, 1868-1881.
- PELLITERO, R., «El Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica y las cuestiones planteadas desde el debate “De Parvo Catechismo”», *AHIg* 15 (2006) 89-110.
- PELLITERO, R., *La sinfonía de la fe. Redescubrir el Catecismo de la Iglesia Católica*, San José de Costa Rica: Promesa, 2013.
- PELLITERO, R. y BORDA, E., «Conversación en Madrid con Mons. José Manuel Estepa. (Sobre el *Catecismo de la Iglesia Católica* y su *Compendio*)», *AHIg* 15 (2006) 367-388.
- RATZINGER, J., «L'Editio Typica: Strumento di Unità “nella verità”», conferencia pronunciada el 14-X-1997, texto castellano en *Ecclesia* 2868 (22-XI-1997) 32-36.
- RATZINGER, J., «Introducción al Catecismo de la Iglesia Católica», en RATZINGER J. y SCHÖNBORN, Ch., *Introducción al Catecismo de la Iglesia Católica*, Madrid: Ciudad Nueva, 1994, 9-39.
- RODRÍGUEZ, P., «El Catecismo de la Iglesia Católica: interpretación histórico-teológica», en ESTEPA, J. M. y otros, *Estudios sobre el Catecismo de la Iglesia Católica*, Madrid: Unión Editorial, 1996, 1-45.

SIMON, M., *Un catéchisme universel pour l'Église catholique. Du Concile de Trente à nos jours*, Leuven: Peeters («Bibliotheca Ephemeridum Theologiarum Lavaniensium» 103), 1992.

VERGARA, J., «Bibliografía selecta sobre el Catecismo de la Iglesia Católica y su Compendio», en ALEJOS GRAU, C.-J. (ed.), *Al servicio de la educación en la fe. El Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica*, Madrid: Palabra, 2007, 163-182.